

# La tarea de iniciar a la vida común<sup>1</sup>

---

Enrique Santayana Lozano

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** El presente trabajo se enmarca en la reflexión sobre las tareas de la catequesis de la iniciación cristiana. Muestra, en primer lugar, cómo la comunión eclesial es el ámbito donde se pueden llevar a cabo las diversas tareas de la catequesis. En segundo lugar muestra cómo en el ámbito de esta comunión se realiza el primer anuncio del evangelio y se conjugan los tres elementos básicos que hacen posible cualquier verdadero proceso de iniciación cristiana: el poder de Dios, la enseñanza de la verdad y la decisión del hombre.

**PALABRAS CLAVE** Tareas de la catequesis de iniciación; iniciación en la comunión de la Iglesia; primer anuncio del Evangelio y comunión eclesial; catecumenado y comunión eclesial; elementos de la iniciación cristiana.

**SUMMARY** *The framework for this study is a reflection on the tasks of catechesis for initiation into Christianity. First the author wants to show how Church communion has to be the setting in which the distinct tasks of catechesis are carried out. Next, and in the context of this communion, a study is made on how the first proclamation of the Gospel is carried out, and where, in order to provide a true process of Christian initiation, three basic elements are to be brought together: the power of God, the teaching of Truth, and human decision.*

**KEYWORDS** *Tasks for the catechesis of initiation, Initiation into Church communion, first proclamation of the Gospel and Church communion, catechumenate and Church communion, elements of initiation into Christianity.*

## I. EDUCAR “PARA LA VIDA COMÚN” O INICIAR EN LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA Y A LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA

Afrontamos la reflexión sobre la tarea de iniciar a la vida común en el marco del estudio de las tareas de la catequesis de iniciación cristiana.

---

1 Exposición realizada en el seminario de profesores y doctorandos del departamento de Catequética de la Facultad de Teología de san Dámaso, el 16 de marzo de 2011.

Nos acercaremos al *Directorio General para la Catequesis* para ver cómo está allí planteada la cuestión. Como es bien sabido, el Directorio señala en un primer momento cuatro tareas<sup>2</sup> de la catequesis de iniciación: “propiciar el conocimiento de la fe”, “la educación litúrgica”, “la formación moral” y “enseñar a orar” (Cf. DGC 85). Pero, también es sabido que el Directorio añade, inmediatamente a estas primeras cuatro tareas, otras dos: la “educación para la vida comunitaria” y la “iniciación a la misión” (Cf. DGC 86).

Pues bien, la cuestión que se nos plantea enseguida es si la vida común es propiamente una de las tareas de la catequesis, o si más bien, es, primero, el medio a través del cual se realizan las otras tareas y, segundo, la verificación de que el fin verdadero de la iniciación cristiana, es decir, la comunión con Cristo, se ha cumplido.

Hay que darse cuenta de que no tiene el mismo alcance práctico lo uno y lo otro.

## 1. EL MARCO DEL DIRECTORIO GENERAL DE CATEQUESIS

El *Directorio* aborda el asunto de las tareas de la catequesis, en un capítulo en el que une tres asuntos fundamentales: la naturaleza, la finalidad y las tareas de la catequesis<sup>3</sup>, para concluir afirmando la necesaria gradualidad de la catequesis y la inspiración catecumenal de una verdadera catequesis de iniciación. Describamos brevemente su contenido:

### a. Naturaleza

La catequesis es un acto de Tradición viva de la Iglesia. Ésta es su naturaleza. El sujeto agente de la catequesis es la Iglesia animada por el Espíritu Santo, que ha recibido, porta y transmite a Cristo.

2 Será útil recordar que ya el RICA (*Observaciones Previas*, 19) había mostrado que el catecumenado realiza su instrucción a través de “cuatro caminos”. Este fue el punto de apoyo para que la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, de la Conferencia Episcopal Española, hablase de las cuatro tareas o dimensiones de la catequesis. Así lo hizo en el documento *Catequesis de la Comunidad* (1983) nºs 85-94, que toma el catecumenado como modelo de referencia de toda la catequesis.

3 Se trata del Capítulo III de la Primera Parte, “Naturaleza, finalidad y tareas de la catequesis” (DGC 77-91).

#### b. Finalidad

Al hablar de la catequesis como un acto de la Iglesia animada por el Espíritu Santo, se intuye inmediatamente su fin, porque el Espíritu Santo, que anima a la Iglesia, hace siempre referencia al Hijo. El Espíritu Santo conduce hacia el Hijo hecho hombre y desarrolla la comunión con él. Aquí aparece, pues, la finalidad de la catequesis, que no es otra que la de llevar a la comunión e intimidad con Cristo.

Hay que hacer notar que el *Directorio* dice que esta finalidad, la de llevar a la comunión con Cristo, se expresa en la profesión de fe: “La catequesis tiene su origen en la profesión de fe y conduce a la confesión de fe” (DGC 82; Cf. MPD 8; Cf. DGC 66 –la profesión de fe *meta* de la catequesis–). Creo que el sentido es claro: la Iglesia profesa la fe y esta profesión de fe que, antes que nada, es una acción espiritual que se dirige a Dios, de forma inmediata se convierte en un anuncio que se dirige a los hombres y que les invita a unirse a ella en su respuesta a Dios y en su camino hacia él. Esto puede ayudarnos a entender que el anuncio cristiano y la catequesis misma no es un añadido que viene después del acto por el cual la Iglesia reconoce a Dios y lo adora. El primer acto evangelizador es el acto de fe por el cual la Iglesia reconoce a su Señor y responde a su Palabra. Y toda acción o palabra que pretenda ser evangelizadora pero que se desprenda de este acto de fe eclesial, que se dirige en primer lugar a Dios como respuesta a su revelación, no alcanzará su fin.

En cuanto acción espiritual que se dirige a Dios, es respuesta a la Palabra de Dios hecha carne, que es la plena revelación de Dios, y por tanto se dirige a Dios a través de la humanidad de Cristo. Sólo a través de Jesús, el Hijo de Dios hecho carne, tenemos acceso a Dios: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Jn 1,18).

Pero además de acción con que el espíritu humano se dirige a Dios, dicha profesión de fe de la Iglesia es también palabra que llega hasta el hombre, que puede ser escuchada y puede ser acogida en su espíritu. Y, una vez acogida, es capaz de desarrollarse y madurar. El primer anuncio del Evangelio y la primera conversión y adhesión de fe, una conversión y una adhesión de fe iniciales, son las acciones que dan inicio a un camino. La catequesis es el ámbito educativo de la Iglesia apropiado para que este principio de conversión y de fe se desarrolle y se consume, es decir, llegue a participar con el resto de la Iglesia en una verdadera, explícita y operante profesión de fe, de la que había partido su gestación.

Por último, la fe, desde que brota en el espíritu humano, fruto de la gracia y de la decisión libre del hombre que escucha, es ya un vínculo de acceso y verdadero conocimiento de Cristo. La fe, de forma progresiva, pero desde el inicio eficaz, nos acerca a Cristo, nos permite “tocarlo”, nos permite conocerlo y nos capacita para participar, por la celebración de los Sacramentos de la Iniciación, en los misterios de su vida y en su propia realidad de Hijo, en sus relaciones trinitarias.

El Espíritu Santo es el protagonista de este desarrollo de la fe. Él, como Espíritu “profético”, es decir, como Espíritu que prepara y conduce hacia la consumación, tal como actuó en la Antigua Alianza, siempre lleva hacia el Hijo hecho hombre en la plenitud de la historia. Y él, como Espíritu “filial”, tal como es dispensado en la Nueva Alianza, siempre introduce más y más en la realidad personal del Hijo hecho hombre, muerto, resucitado y glorificado.

#### c. Tareas

Mediante ellas, la catequesis de iniciación lleva a cabo su fin. Porque la fe tiene diversas dimensiones, y la catequesis, con que la Iglesia sirve a la fe, debe educar en todas ellas. Así aborda el *Directorio* las tareas de la catequesis, “propiciar el conocimiento de la fe”, “la educación litúrgica”, “la formación moral” y “enseñar a orar” (Cf. DGC 85), añadiendo a estas cuatro, “la educación para la vida comunitaria” y “la iniciación a la misión” (DGC 86).

#### d. Gradualidad e Inspiración Catecumenal

Por último el *Directorio General para la Catequesis*, añade a estos tres puntos una observación sobre la estructura y gradualidad del catecumenado bautismal (cf. DGC 88-89) y sobre cómo éste es el paradigma inspirador de la catequesis en la Iglesia (cf. DGC 90-91).

## 2. LA EDUCACIÓN PARA LA VIDA COMUNITARIA EN EL DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS

Ahora, ¿qué dice específicamente el *Directorio* sobre la educación para la vida comunitaria? De forma sintética: Primero, que para esta vida hace falta

una preparación. Segundo, que dicha preparación implica el aprendizaje de algunas actitudes morales (la sencillez, la humildad, la solicitud por los más pequeños) y también de algunas prácticas que nacen del amor cristiano (atención a los alejados, el perdón, la corrección fraterna, la oración y el amor fraterno).

Pero estos aspectos podrían haber sido incluidos en la iniciación a la vida moral y a la oración, por lo que cabe volver a la pregunta inicial de si la educación para la vida comunitaria es propiamente una de las tareas de la catequesis o si, más bien, es su medio y la verificación de su realización.

Con todo, el *Directorio* sí menciona la realidad de la comunión eclesial como del medio vital donde se realiza la catequesis de iniciación. Lo hace en el n° 82:

En virtud de su propia dinámica interna, la fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración. La catequesis debe cultivar cada una de estas dimensiones. Pero la fe se vive en la comunidad cristiana y se anuncia en la misión: es una fe compartida y anunciada (DGC 82).

Personalmente, creo que preguntarse sobre cómo hacer posible que un hombre se introduzca en la vida teologal de la comunidad eclesial, tiene mayor alcance que preguntarse sobre cómo educar algunas actitudes morales, por importantes que éstas sean para la propia vida comunitaria. Porque, además, la educación en estas actitudes y prácticas se realiza justamente insertándose en el medio vital de la Iglesia y están ya incluidas en el desarrollo de las cuatro tareas fundamentales de la catequesis.

## II. ¿CÓMO INICIAR EN LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA Y A LA COMUNIÓN ECLESIAL?

Por tanto, nos preguntamos sobre cómo posibilitar que un hombre se introduzca en la vida teologal de la comunidad eclesial. Nos preguntamos sobre el puesto que ocupa la comunidad cristiana en el origen y el desarrollo de la fe de un hombre, de su lugar en la iniciación cristiana y, por tanto, qué principios, qué actitudes y qué acciones requiere de la comunidad cristiana el dinamismo de la Iniciación Cristiana.

Nos fijaremos en el Catecumenado como paradigma de toda iniciación cristiana y, más concretamente, por abreviar, centraremos nuestra atención en dos etapas: primer anuncio y precatecumenado, por un lado, y catecumenado propiamente dicho, por otro. Dejamos a un lado, por ahora, el tiempo de la Purificación e Iluminación y el tiempo de la Mistagogía.

## 1. EL PRIMER ANUNCIO DE JESUCRISTO Y EL PRECATECUMENADO

El punto de partida de la iniciación cristiana es siempre el encuentro con los cristianos, que no puede significar sino el encuentro con quienes hacen referencia a otro, a Cristo, al misterio de Dios que él revela, y a la realidad de comunión donde Cristo se hace presente, a la Iglesia. El primer anuncio no se da fuera del encuentro con un cristiano que señala al misterio de la persona de Cristo y al misterio de la Iglesia.

Un cristiano, su persona y su vida, con todas las circunstancias y condicionamientos que le circundan, está siempre referido a la persona de Cristo y a la Iglesia. El cristiano vive en el ámbito de esta relación, de esta red de relaciones que es la Iglesia<sup>4</sup>. Incluso su propia debilidad y su propio pecado, lo vive en ella. Por eso, encontrar a un cristiano, es encontrar el término de una relación que, de forma directa, se dirige a Cristo y a la Iglesia. Y son justamente el misterio de Cristo y su presencia en la Iglesia los contenidos fundamentales del primer anuncio.

El cristiano es término de la relación con Cristo y con la Iglesia. No hace falta que se lo proponga, ni que adquiera ninguna destreza añadida a su propio ser. Si es cristiano, es término de la relación y es oportunidad para el encuentro de otros hombres con Dios. Sólo es necesario que sea tal cristiano. No hablamos de un cristiano ideal, sino de un cristiano real, al que sólo se le pide no esconder lo que es, o mejor, vivir con naturalidad el amor a Cristo y al hombre. Sobre él pesa la advertencia del Señor a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero, si la sal se desazona, ¿con qué se salará? Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte. Ni se en-

---

4 Cf. J. RATZINGER, “Zeichen unter den Völkern”, 460, en: F. OCÁRIZ, “La Iglesia, Sacramentum Salutis, según Joseph Ratzinger”. Path 6/1 (2007) 161-181.

ciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a cuantos hay en la casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos” (Mt 5,13-16)

Y a quien, al encontrarse con un cristiano, se pregunta por Dios, es claro, que no se le puede indicar como respuesta sino la persona histórica de Jesucristo y a su realidad viva y actual en la comunión de la Iglesia. Esta doble referencia es fundamental: la referencia a su acontecimiento histórico, algo ya dado que precede cualquier idea, cualquier construcción humana, cualquier proyecto y cualquier mérito; y al tiempo, de forma inseparable —y porque la resurrección es también un acontecimiento histórico, y porque la persona entera e indivisible del Hijo, hombre y Dios, ha alcanzado la Gloria— una realidad personal histórica que no ha quedado sepultada en el tiempo, sino que vivo, aprehende todo lo creado y es presente y actual en su Iglesia. Ambos elementos son inseparables y es fundamental que el primer anuncio y luego la catequesis de iniciación hagan siempre referencia a este doble aspecto de la única realidad de Cristo.

Pero eso significa que, al hombre que se pregunta por Dios, la Iglesia deberá ofrecer su propia realidad humana como el lugar donde se puede realizar el encuentro con Cristo. Y dicho hombre tendrá que pedir ser introducido en su seno y allí conocer a Cristo.

No es necesario que la Iglesia se proponga nada extraño para ser este lugar de encuentro y de conocimiento de Cristo, ella lo es por su propia naturaleza. Ahora, siendo así que la Iglesia por sí misma es lugar de encuentro y de conocimiento de Cristo, lo que se le debe pedir a cada comunidad eclesial es que ejerza lo que es de hecho. No tiene nada que inventar para llevar a cabo su misión, tan sólo debe señalar a Aquel a quien ella ama y acoger en su seno a quien quiere conocer el principio y el fin de su amor.

Este acoger en su seno es algo sencillo, es hacer partícipe al hombre de su propia vida, del entramado de sus relaciones: de la relación con Dios Uno y Trino y de la relación mutua de los cristianos, fieles y pastores. El centro y el vínculo que origina, que mantiene y al que tiende todo este entramado de relaciones es Cristo en la celebración de la Eucaristía. El camino de la vida cristiana que va hacia la Eucaristía y que, a la vez, parte constantemente de ella, se extiende hasta lo más cotidiano y ordinario de la vida, dando forma a la familia, a la fraternidad cristiana y a la amistad.

Cuando la Iglesia acoge a un hombre que busca a Dios, debe acogerlo en este entramado de relaciones familiares, fraternas y de verdadera y efectiva amistad y compañía. Sólo en éste ámbito se realiza el camino hacia Cristo, que se consuma en la Eucaristía, y sólo en éste ámbito se desarrollará después el camino con Cristo hasta la Gloria. Por tanto, en el camino que lleva hasta Cristo, es decir el camino de la Iniciación Cristiana, no es sólo que la catequesis deba formar para la vida común, sino que la propia catequesis no puede darse sino dentro de un ámbito de verdadera hospitalidad cristiana, donde la comunidad cristiana, de forma efectiva, acoge al hombre que llama a su puerta.

Para esto, insisto, no es necesario hacer nada extraño, sólo invitar de veras al que se inicia, de forma clara y sincera, a compartir la vida ordinaria, invitar a una amistad verdadera, con todo lo que eso implica. Pero, ciertamente, esta invitación presupone para cada comunidad eclesial: 1) la conciencia de la riqueza incomparable que la Iglesia posee; 2) la conciencia de su ser y de su deber misionero. Y 3) la conciencia de que sólo en el ámbito de la comunión eclesial se puede dar a conocer e iniciar el camino de seguimiento de Cristo. Y por encima de todas las tomas de conciencia, supone lo que llamaré el “sentido del amor cristiano”, que es un sentido que hace percibir el valor absoluto de Cristo y, en relación a él, el valor de cada hombre, creado por él, amado por él hasta la muerte y llamado por él a la vida divina. Es este un “sentido” que, cuando se posee, mueve a las personas de forma instintiva a ofrecerse como compañía en el camino hacia la Verdad. Sólo por este “sentido del amor” conoce de veras el cristiano la grandeza incomparable del tesoro que se posee, sólo este sentido el amor puede movilizar su voluntad para buscar hasta el final el bien de aquellos a los que ama, sin pararse en pequeñas dádivas. Sólo el amor tiene la capacidad y la audacia de arriesgarse y ofrecerse a sí mismo para acompañar al otro hacia el bien definitivo, hacia Cristo. No se requiere nada extraño, pero sí el extraordinario y siempre novedoso ejercicio del amor cristiano.

Nos podemos preguntar si realmente existe, en una comunidad cristiana concreta, la conciencia del deber misionero y del deber de acoger en el centro de su vida a quien pide ser cristiano. Pero esa pregunta es, en realidad, una pregunta sobre la vitalidad espiritual de la comunidad, sobre su amor, sobre su vivencia de las virtudes teologales. No es el objeto de este artículo abordar este análisis. Lo que afirmo es que, cuando una comunidad cristiana es tal, sólo tiene que ofrecerse a sí misma, sin necesidad de programar cosas extrañas, para que en ella se lleve a cabo la iniciación cristiana.





Añado alguna observación sobre dicha conciencia misionera.

El “sentido” del amor cristiano, y la conciencia misionera que engendra, significa que la comunidad eclesial entiende que ella no existe primariamente para buscar el reconocimiento institucional en medio de la sociedad, por su historia milenaria o el por el beneficio social de sus obras, sino que ha sido que Dios la ha puesto en la historia como un “espectáculo para el mundo, para los ángeles, para los hombres”, con la marca de la cruz (1 Co 4,9), sólo como quien invita a buscar a Dios y señala más allá de ella misma, a su Señor; como aquellos que son portadores de Dios<sup>5</sup>, como quienes llevan el verdadero tesoro, pero en vasijas de barro (Cf 2 Co 4,7).

Sabemos que en ella [en la Iglesia], es donde se encuentran el alma y Cristo. Esto lo sabemos por la fe y lo comprobamos por la experiencia. Por eso predicamos a la Iglesia. Explicamos su papel irremplazable y establecemos su autoridad. Cuanto más menospreciada la vemos, tanto más nos empeñamos en glorificarla. En esto no hay nada de interesado. En principio nos sobra la razón a raudales. Pero esta predicación insistente puede traicionar nuestros deseos. Porque a veces, toma cierto tono de apología, casi diríamos que de reivindicación y de defensa judicial que descubre cierta secreta debilidad. Hablando con demasiado exclusivismo de la Iglesia, no mostramos su verdadera realidad, que es de naturaleza sacramental. Sin pretenderlo, detenemos en ella nuestra mirada<sup>6</sup>.

El sentido del amor cristiano debe dirigir nuestra mirada más allá de nosotros mismos hasta fijarla en Cristo, de forma que provoquemos a los que nos contemplan desde fuera a mirar donde señala nuestra propia mirada.

El “sentido” del amor cristiano, y la conciencia misionera que engendra, supone también la capacidad de dar una respuesta satisfactoria al que se acerca a una comunidad y nos dice que quiere ser cristiano. Paradójicamente, ante una petición así, muchas veces nos vemos sin respuesta o salimos del “apuro” con respuestas claramente insuficientes: “vente por aquí otro día a ver si te busco un libro”; “compra el Catecismo”; “cuando empiece el curso tendremos unas

---

5 Cf. J. J. AYÁN CALVO, *Ignacio de Antioquia, Policarpo de Esmirna, Carta de la Iglesia de Esmirna* (F.P. 1; Madrid 1991) 103 n.1.

6 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Bilbao 1961) 217-218.



catequesis para adultos"... Estas respuestas son del todo decepcionantes para quien busca a Dios. Cualquiera que busque a Dios se sentirá defraudado si le ofrecen un libro o un cursillo. Un hombre que busque a Dios ya intuye la insuficiencia de todas las cosas y, de forma espontánea, tiende a rechazar una reducción tan absurda. Este tipo de respuesta indica que una comunidad cristiana ha perdido la conciencia de Aquel que la habita y de su valor, la conciencia de que ella es el lugar de su presencia. Una comunidad así ha perdido la conciencia de que sólo Cristo es acceso verdadero a Dios y de que sólo entrando en la comunión de la Iglesia se puede descubrir, conocer y seguir a Cristo.

El cristiano, que ama a Dios, que vive en relación de amor con él, sabe perfectamente, aunque no tenga una gran formación, que sólo hay una respuesta satisfactoria para la búsqueda de Dios: Dios mismo, el que se ofreció al hombre en su Hijo hecho hombre y que habita la Iglesia. Por eso, la Iglesia hace cristianos con el mismo método con el cual el Señor dio inicio a la comunidad apostólica, llamando a su seguimiento y a su compañía, ofreciendo su vida y su persona como lugar del encuentro con Dios. Una comunidad cristiana no puede hacer cristianos sino ofreciendo su propia vida. Esta oferta es un ejercicio de caridad que se concreta en la oferta de una amistad, de una fraternidad y de una verdadera maternidad.

Hemos hablado de la importancia que, para el anuncio del Evangelio, tiene el encuentro con el "cristiano real" y, a partir de él, con la comunidad cristiana. De la vida espiritual del cristiano y de la vida espiritual de la comunidad cristiana depende que sean capaces de mostrar, con palabras y obras, a Cristo. De una forma o de otra, mostrar a Cristo de forma clara y explícita es del todo necesario. No basta una vaga referencia a él, es necesario hablar de él, es necesario llevar la atención del que se inicia hasta su realidad histórica, hacia su humanidad y el misterio que su humanidad revela. Es necesario, llevar al hombre hasta los hechos a través de los cuales él se ha unido al hombre y le ha ofrecido de una vez para siempre la salvación y el acceso a Dios. Y es necesario, al mismo tiempo, una afirmación explícita del misterio de la Iglesia, que es el misterio del acontecimiento histórico de Cristo en el presente. Todo esto forma parte del primer anuncio y de la primera explicación del Evangelio. Pero el objeto de este artículo no es el contenido del anuncio, de la primera explicación del Evangelio o de la catequesis propiamente de iniciación, sino del papel de la comunión cristiana en la Iniciación Cristiana.



La Iglesia primitiva, al crecer, quiso asegurar que la primera explicación del Evangelio y la catequesis se enmarcase en este ámbito complejo de relaciones del que vengo hablando. Así fueron naciendo, alrededor de las diversas sedes episcopales, los catecumenados, o “el catecumenado”, por hablar de forma genérica. El catecumenado fue siempre, desde el principio, mucho más que mera instrucción doctrinal o moral, y mucho más también que un desarrollo ritual de la celebración del Bautismo. De ahí la importancia que, en el catecumenado antiguo, tuvieron no sólo los catequistas, no sólo el Obispo, sino también los padrinos, y otras figuras análogas; y la comprensión de la Iglesia como verdadera y única madre<sup>7</sup> que, en el Bautismo, da a luz a sus nuevos hijos<sup>8</sup>. El catecumenado se entiende como el órgano materno de la Iglesia. En el catecumenado la Iglesia concibe a los miembros de Cristo (65, A 7) y, de alguna forma, éste órgano materno se identifica simbólicamente con la misma fuente bautismal, “útero de la Iglesia”<sup>9</sup>.

En el presente, la restauración del catecumenado vuelve a subrayar la maternidad de la Iglesia<sup>10</sup>, vuelve a poner en el centro a la Iglesia como el lugar humano que posibilita el encuentro con Dios y el inicio de una nueva relación personal con él que conduce a la filiación adoptiva. En la institución del catecumenado, por tanto, debemos estar alerta ante el peligro de reducirlo a mera instrucción doctrinal o a mera sucesión de ritos. La institución del catecumenado —de un catecumenado que no se limite a ofrecer una estructura catequética y litúrgica formal—, puede ayudar a la Iglesia local a retomar su conciencia misionera, esto es, a revivir el amor primero, el amor a Cristo como absoluto y el amor al hombre en relación a él. La restauración del catecumenado, tal como nos hemos acercado a él, como seno materno, como un ámbito

7 Cf. SAN CIPRIANO, *Cartas* (B.C.G. 255; Madrid 1998) 388: “¿Y cómo es esto de afirmar y defender que los que no han nacido en la Iglesia pueden ser hijos de Dios? [...] La Iglesia es la única que, unida a Cristo, estrecha y espiritualmente, engendra hijos... Y como el nacimiento de los cristianos está en el Bautismo, y como la generación y santificación por el Bautismo sólo está en la única esposa de Cristo, que es la que puede engendrar y dar a luz espiritualmente hijos para Dios, ¿dónde, de qué madre y para qué padre ha nacido el que no es hijo de la Iglesia? ¡Para tener a Dios por Padre es preciso tener antes a la Iglesia por madre!”.

8 Cf. TERTULIANO, *El Bautismo*, ed. S. VILLACASTILLO (FP 18; Madrid 2006) 195-196: “Vosotros, los benditos, a los que aguarda la gracia de Dios, cuando subáis del baño santísimo del nuevo nacimiento y abráis por primera vez las manos con los hermanos en la casa de la Madre, pedid al Padre, pedid al Señor que agregue los bienes de la gracia, los diversos carismas”.

9 Cf. S. VILLACASTILLO, *Tertuliano. El Bautismo. La Oración*. (FP 18; Madrid 2006) 196 n. 71. Cf. W. M. BEDARD, *The symbolism of the Baptismal font in Early Christian Thought* (Washington 1951) 48.

10 Cf. LG 14: [A los catecúmenos] “la madre Iglesia los abraza ya con amor tomándolos a su cargo”.



complejo de relaciones entre Dios y los hombres, puede darnos una clave muy importante para afrontar todos los procesos de iniciación cristiana. No en vano el catecumenado es el paradigma de la iniciación cristiana<sup>11</sup>.

El catecumenado nació como una concreción del “sentido del amor cristiano”, como una concreción de la obediencia al mandato misionero de Cristo (Cf. Mt 28,19-20), como una forma de hacer concreta y visible la maternidad de la Iglesia y salvaguardar los elementos fundamentales de su fecundidad. También hoy el “sentido del amor cristiano” nos lleva a anunciar el Evangelio a todos y a ofrecer a quien quiere ser cristiano el ámbito adecuado: no un libro, aunque éstos fuesen la propia Sagrada Escritura o el Catecismo, no un cursillo, no una serie de ritos cerrados en sí mismos, sino la propia vida de la comunidad cristiana y, en ella, la persona viva de Cristo. La conciencia misionera y materna no puede sino buscar las personas y los recursos necesarios para atender a quien quiere ser cristiano o, sencillamente, se interesa por el Evangelio. Para cualquier comunidad eclesial no puede existir, fuera del culto debido a Dios, ninguna ocupación o urgencia mayor que éstas.

La reflexión sobre el papel de la comunión eclesial en el ámbito del primer anuncio y de la primera explicación del Evangelio nos ha llevado al catecumenado. Centraremos ahora nuestra atención en el tiempo central que ocupa todo el proceso del Catecumenado, lo que el RICA llama propiamente, “la etapa del catecumenado”<sup>12</sup>, que se desarrolla después del primer anuncio del Evangelio y de su primera explicación en el precatecumenado, después de la primera conversión y la inicial adhesión de fe<sup>13</sup>. Es el tiempo que va del Ingreso en el Catecumenado, con su rito propio, hasta la Elección, próxima ya a la celebración de los Sacramentos de la Iniciación.

## 2. EL CATECUMENADO O EL TIEMPO DE LA CATEQUESIS

La etapa del catecumenado es la etapa de la catequesis de iniciación, que consiste en ser un acto de tradición viva, cuyo fin es la comunión con Cristo, y cuyas tareas son las ya enunciadas: “propiciar el conocimiento de la fe”, “la educación litúrgica”, “la formación moral” y “enseñar a orar” (Cf. DGC 85).

---

11 Cf. DGC 90-91.

12 Cf. RICA, Observaciones Previas 14-20.

13 Cf. RICA, Observaciones Previas 9-11.

En este periodo hay tres elementos básicos que se han de conjugar de forma unitaria y que nos muestran cómo se realiza la incorporación a la comunión eclesial y cómo en esa comunión se lleva a cabo el proceso de la iniciación cristiana<sup>14</sup>. Son los elementos fundamentales que hacen fecunda a la Iglesia.

La conjunción de estos tres elementos es la respuesta a la pregunta que nos hacemos en este seminario.

a. El primer elemento es el poder de Dios

La Iglesia debe introducir al hombre que busca a Dios en el ámbito de la gracia. Ella no es una maestra que muestra para alcanzar a Dios un camino para los héroes, al estilo de los héroes mitológicos, que al fin no hacen sino expresar la tragedia del hombre incapaz de alcanzar su meta, del hombre que, a la postre, se encuentra solo. Muy lejos de eso, la Iglesia es una comunión que, de forma eficaz, lleva al hombre a la comunión con Dios, porque está habitada por Dios mismo. Ella muestra el camino en el que Dios mismo sale al encuentro del hombre para sanarlo de sus heridas y para acrecentar su ser con la gracia de la adopción filial. Sólo Dios tiene poder para rescatar al hombre del pecado. Y sólo él tiene poder para transformar nuestra naturaleza hasta hacernos partícipes de la vida del Unigénito.

En el catecumenado la Iglesia pone en juego su poder para situar al hombre bajo la gracia de Dios de una forma muy rica. En primer lugar, a través de los ritos principales anteriores a la celebración de los Sacramentos de Iniciación: El Rito de Ingreso en el Catecumenado<sup>15</sup> y el Rito de la Elección. También en los Escrutinios y en las Entregas que llenan la etapa de la Iluminación y la Purificación. Pero también, en el largo tiempo que transcurre entre el Ingreso en el catecumenado y el Rito de la Elección, de forma cotidiana y constante pone a los catecúmenos bajo la acción de Dios a través de las bendiciones y exorcismos<sup>16</sup>. Así hasta el exorcismo final que son las aguas bautismales<sup>17</sup> y la bendición definitiva que es la Eucaristía.

14 La reflexión acerca de los tres elementos que se han de conjugar, tanto en el catecumenado propiamente dicho como en cualquier proceso de iniciación cristiana, para llevar a cabo su fin, parte de lo dicho por J. RATZINGER en: *Teoría de los Principios Teológicos* (Barcelona 1985) 39-42.

15 Cf. E. SANTAYANA, "Pedagogía de Dios en el Catecumenado –Signación y Bautismo–", en: M. DEL CAMPO (ed.), *La Pedagogía de la Fe al servicio del Itinerario de Iniciación Cristiana* (Madrid 2009) 165-214.

16 Cf. RICA 101-102; 109-124.

17 Cf. RATZINGER, *Teoría de los Principios Teológicos*, 41-44.

Es justamente la Eucaristía la que termina por introducir al hombre en la comunión con Cristo y por reducir a unidad a los fieles<sup>18</sup>. El primer fundamento de esta unidad es la fe; pero la unidad católica no se fundamenta sólo en el contenido de la fe, sino en la participación de los fieles –aquellos que participan de la fe apostólica y han recibido el Bautismo–, en el único banquete eucarístico que presiden los sucesores de los apóstoles, como pastores visibles de la única Iglesia<sup>19</sup>. La fe llega al hombre como testimonio apostólico, como testimonio eclesial, del hecho único e irrepetible del misterio del Hijo hecho hombre y de su obra salvífica, y se ofrece al hombre no sólo como un contenido de verdad, sino como una corriente de vida que corre tras su Señor. Pero la Eucaristía, haciendo presente a Cristo, actualiza para el hombre los acontecimientos de la muerte y de la resurrección de Cristo, es decir, pone en el presente aquellos hechos ante los que nace la fe apostólica, la fe de la Iglesia; y al mismo tiempo, anticipa también el fin al que tiende la fe en su carrera. La Iglesia, teniendo siempre ante sí el origen de la fe, Cristo, tiende siempre hacia su fin, Cristo. Así, sobre todo en la Eucaristía, que hace presente personalmente al que inicia y completa la fe (Cf Hb 11,1), la Iglesia es una comunión originada y sostenida por la entrega de Cristo, y avanza hasta una comunión más plena con él. La Iglesia se convierte en la casa que espera la gloria<sup>20</sup>.

18 El sentido de la unidad de los múltiples miembros de la Iglesia a partir de la participación eucarística, arranca de san Pablo y tendrá luego un prolongado desarrollo. El tema aparece en 1 Co 10,16-17: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan”. La primera reflexión cristiana no hará sino reconocer el tema y desarrollarlo. Así, por ejemplo, aparece ya en la *Didajé* cuando transmite la siguiente oración de acción de gracias que se pronuncia sobre el pan de la Eucaristía. Es justamente aquí donde se pide la unidad de la Iglesia que, lejos de ser una unidad meramente instrumental o temporal, se lanza hacia la eternidad de Dios con la alusión al Reino de Dios: “Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti la gloria por los siglos. Así como este trozo estaba disperso por los montes y reunido se ha hecho uno, así también reúne a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino...”. (Cf. *Didaché. Doctrina Apostolorum. Epístola del Pseudobernabé*, ed. J. J. AYÁN (F.P. 3; Madrid 1992) 99. La teología de los primeros siglos desarrollará el tema en unidad con otro tomado también de san Pablo, el de la Iglesia como Cuerpo de Cristo (Cf. DE LUBAC, *Meditaciones*, 129-130).

19 Cf. S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Filadelfios*, en: *Ignacio de Antioquía. Policarpo de Esmirna. Carta de la Iglesia de Esmirna*, ed. J. J. AYÁN (F.P. 1; Madrid 1991) 163: “Esforzaos por frecuentar una sola Eucaristía, pues una es la carne de nuestro Señor Jesucristo y uno el cáliz para unimos a su sangre, uno es el altar como uno es el obispo junto con el presbiterio y los diáconos...”; Cf. *ibid.*, *Carta a los Efesios*, 109: “Que nadie os engañe. Si alguien no está dentro del altar del sacrificio, carece del pan de Dios. Pues, si la oración de uno o dos tiene tal fuerza, ¡cuánto más la del obispo y la de toda la Iglesia! Así pues, el que no viene a la reunión, es ya un soberbio y se juzga a sí mismo...”

20 Cf. S. AGUSTÍN, *Sermones* 50. Obras Completas de san Agustín VII, eds. M. FUERTES – M. M<sup>o</sup> CAMPELLO (BAC 53; Madrid 1981) 739.

Es necesario no arrinconar esta estructura de gracia que culmina en la Eucaristía. A través de ella la Iglesia intercede de forma constante por aquellos a los que inicia a su propia vida, a veces en el pequeño grupo de catecúmenos, a veces en la celebración dominical de la misa, o en el rezo de la liturgia de las horas, o en las solemnes intercesiones del Viernes Santo<sup>21</sup>. Y es necesario hacer ver a los catecúmenos que la acción decisiva para su seguimiento de Cristo la esperamos de Dios, que la comunión de la Iglesia es una estructura de Gracia, donde se implora y se otorga este auxilio, que viene de lo alto.

Este aspecto debe hacerse patente de igual forma para los catequizandos, para que descubran a la Iglesia como la casa donde se encuentra el auxilio de Dios<sup>22</sup>. Es claro que, si son fieles cristianos, la celebración del sacramento de la Penitencia, a partir del momento que sea adecuado según el proceso personal, debe ser fundamental, así como la participación en la asamblea dominical.

La participación en la asamblea dominical es uno de los elementos fundamentales en el proceso de la iniciación cristiana, tanto para catecúmenos como para catequizandos. No sólo se escucha allí la Palabra que es eficaz (Cf. Hb 4,12), que no vuelve a Dios sino después de haber cumplido su misión (Cf. Is 55,10-11), no sólo se da allí, para los que puedan recibirlo, el mismo Cristo, que nos asimila más y más a su misterio, sino que esto se realiza en la estructura de gracia que es la Iglesia, y donde la Iglesia misma es configurada por esta gracia: la Iglesia que hace la Eucaristía y la Eucaristía que hace la Iglesia<sup>23</sup>.

La participación en la asamblea dominical es para la iniciación tan importante como la catequesis. No concibo un proceso de iniciación cristiana que no implique como elemento configurador y de discernimiento la incorporación a esta asamblea.

Por otra parte, reconozcamos que hemos de avanzar mucho en la conciencia y en la vivencia eclesial de la eucaristía dominical como un acto

21 Cf. *Misal Romano*, Celebración de la Pasión del Señor, 13, IV.

22 Cf. S. AGUSTÍN, *Sermones* 179 A, en: *Obras Completas de san Agustín XXIII*, eds. A. DEL FUEYO – P. DE LUIS (BAC 443; Madrid 1983) 777: “Te deleitas en la ley de Dios, pero hay otra ley en tus miembros. Si por este camino va tu vida, en él morirás. Los ladrones te abandonaron medio muerto en él, pero ya has sido encontrado, tendido en el suelo, por el misericordioso samaritano que iba de paso. Derramó sobre ti vino y aceite, es decir, recibiste el sacramento del Unigénito. Te subió a su yumento: creíste en Cristo encarnado. Te llevó a la posada: eres curado en la Iglesia”.

23 Cf. DE LUBAC, *Meditación*, 141-156; Cf. CCE 1396.

eclesial<sup>24</sup>, no como un acto privado. Y del Domingo, como el Día del Señor y de la Iglesia<sup>25</sup>.

b. El segundo elemento es la enseñanza de la verdad

Esta es la tarea propia de la catequesis, que debe enseñar la verdadera fe, tanto la verdad del objeto de la fe, como la verdad del movimiento espiritual de la fe, a la que ya hacía alusión en el punto anterior.

La fe es su contenido. La fe está determinada por lo que ella cree. La fe es la marcha viviente hacia Aquel en quien se cree. La fe es la respuesta viva al llamamiento de Aquel que se anuncia en la revelación y atrae al hombre por medio de su gracia<sup>26</sup>.

La verdad de la fe implica los diversos aspectos de la vida cristiana que debe educar la catequesis en sus cuatro tareas.

Por tanto, la maternidad de la Iglesia debe expresarse y mostrarse ajustándose a la verdad de la fe. En primer lugar debe ajustarse a la verdad del objeto a quien se dirigen, es decir a la verdad de Dios que se ha revelado. Dependiendo de él, como un acto de respuesta, debe también ajustarse a la verdad del movimiento espiritual por el cual la Iglesia camina hacia su Señor. Este movimiento espiritual hacia Dios no es ciego, ni tampoco es múltiple, sino que está iluminado por la verdad que se nos ha revelado en Cristo y por el camino que es también el mismo Cristo.

Dios tiene un rostro concreto, el que se nos ha revelado en su Hijo. Y el camino del hombre hacia el Dios verdadero, es también concreto: el camino de la fe de la Iglesia que atraviesa la historia incorporando a su comunión a todos los que acogen el anuncio del Evangelio. El movimiento espiritual de la fe es una corriente que atraviesa la historia. Va de la confesión de fe apostólica ante Cristo resucitado –como el reconocimiento de Juan: “Es el Señor” (Jn 21,7); o la confesión de Tomás “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28)–, hasta la parusía, para introducirnos el seno mismo de Dios. He aquí la eficacia de la fe.

24 Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis* 14-15.

25 Cf. JUAN PABLO II, *Dies Domini* 35-36; BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis* 72-73.

26 R. GUARDINI, *Vie de la foi*, en: H. DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (Madrid 1970) 321.



Pero la fuerza y eficacia de esta fe no podría comprenderse si se tratase de un movimiento espiritual individual, incluso de una comunidad más o menos numerosa. La eficacia de la fe es que tiene al mismo Cristo como cabeza, que “ha atravesado los cielos”, tomando la expresión de la Carta a los Hebreos: “Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos, Jesús el Hijo de Dios, mantengamos firmes la fe que profesamos” (Hb 4,14).

Por tanto, la maternidad de la iglesia respecto a sus catecúmenos y catequizandos debe expresarse, en primer lugar, en el cuidado por preservar la verdad de la fe (*fides qua* y *fides quem*). La vida eterna de los hombres depende de su adhesión a la verdad, a la única verdad salvífica. La naturaleza personal de la verdad de la fe, tanto de su objeto, Dios, como de su verdadero sujeto, la Iglesia, significa que enseñar dicha verdad implica enseñar una adhesión a ella que va mucho más allá de la adhesión meramente intelectual. Es una adhesión que implica a toda la persona. Por eso, esta fe sólo se puede enseñar en un camino de adhesión personal, de seguimiento. Sólo en un camino así, en el que queden implicadas todas las facultades del hombre, se puede descubrir su belleza y se puede avanzar realmente.

Por eso, la exposición de esta verdad implica desde el principio una postura moral del hombre, una decisión de su libertad. La Iglesia no puede enseñar esta verdad sino apelando a la inteligencia y a la libertad del hombre. Es famosa la advertencia de Teófilo de Antioquía: “Si me dices «muéstrame a tu Dios». Yo te replicaría «muéstrame a tu hombre y yo te mostraré a mi Dios». En efecto, muéstrame que los ojos de tu alma ven y que los oídos de tu corazón escuchan”<sup>27</sup>. No se puede mostrar la verdad de esta fe en una distraída conversación de café:

En las escuelas del mundo los caminos hacia la verdad se consideran vías anchas abiertas a todos los hombres, en todo momento, sean cuales sean sus disposiciones. Como si fuera posible acercarse a la verdad sin acatamiento de la misma. Se piensa que cada cual está al mismo nivel que su vecino; o más bien, que las facultades del intelecto –agudeza, sagacidad, sutileza y profundidad– son la guía hacia la Verdad. Los hombres consideran que tienen derecho a discutir los temas religiosos prescindiendo de las actitudes religiosas. Entrarán en los puntos

27 TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *A Autólico* 1,1,1, ed. J. P. MARTÍN (F.P. 16; Madrid 2004) 61-62.

más sagrados de la fe en el instante que se les ocurra o les venga en gana; y puede que con una actitud mental de descuido, en horas de recreo, mientras toman una copa. ¿Es de extrañar que tan a menudo acaben en la indiferencia, y concluyan que la Verdad religiosa es puramente nominal, que todos tienen razón y todos se equivocan?<sup>28</sup>.

Además, como ya hemos apuntado, la vida eclesial, la comunión de la Iglesia, pivota, en primer lugar, sobre la confesión de la verdad. Sólo tras la confesión de la verdad, el Señor puede decir a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”(Mt 16,18). De ahí la escrupulosa atención que la Iglesia debe prestar al ofrecer con verdad la fe. La fe se fundamenta en la verdad y nos da acceso a la verdad<sup>29</sup>.

Para introducir a un hombre en la vida de la Iglesia, la primera exigencia es que ella enseñe la verdad y que el que se inicia busque y acepte esta verdad.

Debemos preguntarnos si el servicio a la verdad es prioritario en la catequesis de iniciación.

#### c. El tercer elemento es la decisión de la fe

Me refiero a la decisión, de los catecúmenos y catequizandos, de dar cada uno de los pasos en la fe: en la aceptación de la verdad, en el cambio de vida, en la relación personal con Dios, en la participación de la vida litúrgica.

Esta decisión de la fe sólo puede realizarse en el diálogo de la gracia y del amor de Dios y de la Iglesia. La naturaleza del acto de fe exige esta doble referencia de la persona concreta, que nos devuelve a la consideración del primero de los elementos, el del poder de Dios:

No existe la fe como una decisión individual de alguien que permanece recluido en sí. Una fe que no fuera un concreto ser recibido en la Iglesia, no sería una fe cristiana. Ser recibido en la comunidad creyente es una parte de la fe misma y no sólo un acto jurídico complementario.

28 J. H. NEWMAN, *La Fe y la Razón. Sermones Universitarios* (Madrid 1993) 249-250.

29 Cf. S. IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica* 1, ed. E. ROMERO POSE (F.P. 2; Madrid 1992) 56: “La fe nos es concedida por la verdad, pues la fe se fundamenta en la verdad. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantenemos firme nuestra adhesión. Ahora bien, puesto que la fe sostiene nuestra salvación, es necesario prestarle mucha atención para lograr una auténtica inteligencia de la realidad”.



Esta comunidad creyente es, a su vez, comunidad sacramental, es decir, vive de algo que se da ella misma; vive del culto divino, en el que se recibe a sí misma. Si la fe abarca el ser aceptado y recibido por esta comunidad, debe ser también, y al mismo tiempo, un ser aceptado y recibido en el sacramento. El acto del Bautismo expresa, pues, la doble trascendencia del acto de fe: la fe es don a través de la comunidad que se da a sí misma. Sin esta doble trascendencia, es decir, sin la concreción sacramental, la fe no es fe cristiana<sup>30</sup>.

El catecúmeno no anda solo el camino, no sigue un modelo ideal abandonado a sus solas fuerzas, sino que es precedido y seguido por la gracia de Dios y la compañía materna de la Iglesia.

Por un lado, es necesario apelar a la inteligencia y la voluntad del hombre para poner en juego su libertad constantemente. La catequesis de iniciación no puede ser un entretenimiento, sino un camino vital. Pero, a la vez, es necesario tener claro que la decisión del que se inicia se realiza en el ámbito de un diálogo de amor que anima, capacita y sostiene dicha decisión. Y debemos preguntarnos si nos atrevemos a provocar la decisión de los que se inician y si nos ofrecemos realmente a acompañar humanamente su camino.

En este camino, la Iglesia muestra la verdad y, al tiempo, acompaña, sostiene, consuela, ayuda y corrige. No enseña una normativa, sino que ofrece una realidad humana, una vida que les precede, una forma de entender el mundo, una forma de afrontar el trabajo o la familia o el matrimonio o las relaciones laborales, una forma de dirigirse a Dios y de esperar en él. Y, por encima de todo, propone el único movimiento del espíritu humano que merece propiamente la denominación de fe<sup>31</sup>.

La Iglesia debe mostrar con claridad y sinceridad la verdad en la catequesis, pero la verdad de la fe no puede reducirse a unos contenidos. Para ser de veras propuesta, necesita la única realidad humana donde ella permanece

---

30 RATZINGER, *Teoría de los Principios Teológicos*, 45-46.

31 GUARDINI, *Vie de la foi*, en: DE LUBAC, *La Fe Cristiana*, 292 "Lo que el nuevo testamento llama "fe" no se refiere a una actitud religiosa que pueda recibir los contenidos más diversos —algo parecido a una categoría abstracta, a un conocimiento capaz de aprehender una multitud de objetos dispares aun sin dejar de ser conocimiento"—. La fe, en el sentido cristiano, tiene un carácter único y exclusivo. No es una noción global que conviniera a numerosas modalidades: fe cristiana, fe musulmana, paganismo de los antiguos griegos o budismo... Sino que es el vocablo que designa un hecho único: la respuesta dada por el hombre al Dios que ha venido a él en Cristo".



viva y en progreso constante en el camino hacia Dios. Sólo se puede mostrar y ofrecer en la cercanía de los miembros de la Iglesia, de tal forma que, aquellas palabras que en el comienzo de su seguimiento escucharon los apóstoles, “Venid y lo veréis” (Jn 1,39), sigan sonando a una invitación real.

Para decirlo en pocas palabras, en el proceso de la iniciación cristiana el catequista o el sacerdote no pueden limitarse a mostrar un mapa, según el cual debe andar el catecúmeno. En el camino hacia Dios, que Dios mismo ha mostrado al hombre para acercarlo a sí, Dios nunca ha usado esta pedagogía, sino otra bien distinta: la de la relación estrecha del maestro con su pueblo, una relación que lleva a identificarse con su suerte y a cargar con él.

Fijémonos brevemente en dos momentos de la revelación. Primero, el momento en que Moisés conduce al Pueblo de Dios por el desierto hasta la Tierra de la Promesa, camino que sirve de modelo para la Iniciación. Allí, después de la Alianza en el Sinaí, Moisés mantiene en la Tienda del Encuentro, el testimonio de la Alianza, es decir, los Mandamientos, que son, además la indicación para alcanzar la vida, un camino de vida. Pero a Moisés no le basta dejar bien explicados los Mandamientos que él guarda. Sabe que el camino del pueblo hacia Dios pasa por una doble relación: la que él mantiene con Dios y la que él mantiene con el Pueblo (Cf. Ex 33,12-14). Dios ha querido que el camino de los hombres hacia él pase por la relación estrecha con otros hombres. Esta ley se cumple siempre de forma inexorable. El camino hacia Dios significa compartir la búsqueda, el camino y la vida de los que van por delante. Y para eso, los que van por delante no pueden contentarse con dibujar un mapa, por preciso que sea, y decir: “Aquí tienes dibujado el camino. Ándalo”. Dios no lo ha querido así. Más bien, lo que hace Moisés es cargar con su Pueblo, con sus pecados y con sus tentaciones, con su frialdad, con sus murmuraciones. Por eso dice la Escritura que Moisés era el hombre más sufrido de la tierra (Cf. Nm 12,3).

En un segundo momento dirigimos la atención a Jesucristo. ¿Qué hace él para llevar a los hombres a Dios? —No imparte clases de doctrina con un horario, sino que ofrece su vida y exige participar de su vida como camino hacia Dios. Se ha hecho hombre, ha llamado a Simón y a Andrés, a Santiago, Juan... y les ha admitido en su compañía, haciéndoles así partícipes de su propio camino humano hacia Dios. Y en ese camino no les enseña una teoría sobre Dios, sino que les permite entrar en la intimidad que él tiene con Dios.

A partir del mismo Señor, todos los que han sido de verdad maestros de la fe, son los que se han ajustado a esta forma peculiar del magisterio que supone el propio sacrificio, que comparte con Cristo el amor que se adelanta al discípulo. Es lo que expresaba Gregorio Taumaturgo cuando agradecía a su maestro, al gran Orígenes, el regalo de su magisterio: “El fabricar los lazos corresponde al superior y no al inferior, que es atado con ellos, de tal forma que no posee el poder desatarse de dichos lazos”<sup>32</sup>.

La catequesis de iniciación ha de darse en este ámbito de relaciones, fuera de ella será siempre ineficaz. Eso señala directamente a la educación de la comunidad, de los catequistas y de los pastores. La comunidad, el catequista y el pastor expresan la maternidad de la Iglesia. Acompaña al catecúmeno o catequizando, pero va delante y asume la responsabilidad de ir delante. Se adelanta a sus necesidades. Cuando la tentación llega al que se inicia, su madre ya ha hecho penitencia y ha orado por él. Lejos de escandalizarse, está dispuesta a cargar con las incoherencias, y con la debilidad de sus hijos.

En el antiguo ritual del Bautismo, la oferta que la Iglesia hacía de sí misma para posibilitar la nueva vida a la que llega el catecúmeno, se expresaba en el rito de la sal. Indicaba la hospitalidad cristiana. Con la sal se ofrecía su propio ser y estar en el mundo, el amor recibido de Cristo. Y es este amor el que hace al hombre agradable a Dios, el que le da el “sabor de la incorruptibilidad”, y el que le hace sabio, concededor de la verdad de Dios y del hombre<sup>33</sup>.

Hay pues una interrelación entre la participación cordial en la comunidad eclesial y la capacidad para aceptar la verdad de la fe y de su camino, para dejar atrás la vida antigua del pecado y empezar a vivir la vida nueva del Evangelio.

Sólo un apunte más sobre la comunión eclesial a la que son invitados a participar los que se inician a la fe. Esta comunión no es amorfa. Allí deben expresarse dos realidades que están relacionadas: la paternidad y la fraternidad<sup>34</sup>.

En el ejercicio de la paternidad y en la vida fraterna, la Iglesia concreta su oferta de comunión, que es comunión con Dios, que es su mayor bien y el único ámbito que hace posible y eficaz la decisión del hombre por Dios.

---

32 S. GREGORIO TAUMATURGO, *Discurso del Maestro Cristiano*, ed. M. MERINO (BP 10. Madrid 1990) 120.

33 RATZINGER, *Teoría de los Principios Teológicos*, 40.

34 Cf. E. SANTAYANA, “Padre San Felipe Neri. Paternitas, Fraternitas, Libertas et Hilaritas in Christe”: *Teología y Catequesis* 116 (2010) 107-126.

### III. CONCLUSIÓN

Al comienzo del artículo afirmé que la participación en la vida común no era fundamentalmente una tarea de la iniciación cristiana, cuanto el ámbito donde esta se realiza y la verificación de que realmente se ha llevado a cabo. Creo que la reflexión sobre el papel de la vida cristiana como “relación”, en el momento del primer anuncio y primera explicación del Evangelio, y luego la consideración conjunta de los tres elementos que conforman la etapa del catecumenado, muestran el alcance de las afirmaciones iniciales y aclaran bien el papel que la comunión cristiana tiene para la iniciación cristiana.

Una reflexión posterior sobre el tiempo de la mistagogía, con el que finaliza el proceso de la iniciación cristiana, aportaría más elementos para entender esta relación. La etapa mistagógica es un tiempo de profundización espiritual de los misterios celebrados y un momento para afianzar los primeros efectos de los dones recibidos, de la vida nueva, que tiene sin duda un aspecto social y, más concretamente, un aspecto eclesial y comunitario. Al final, el proceso de la iniciación se verificará en la Vida Nueva que genera, aunque debemos cuidarnos de juzgar con criterios meramente terrenos los frutos producidos, con criterios meramente cuantitativos y eficacistas.

Termino con las palabras de un teólogo medieval que expresan muy bien el valor inigualable de la comunión eclesial, valor que nosotros podemos trasladar lícitamente, después de todo lo dicho, al ámbito de la iniciación cristiana y de su catequesis.

Es necesario saber que cuando decidimos convertirnos, asumimos una lucha contra el diablo. Pero éste a nada teme tanto como a la unidad en la caridad. Porque el diablo no teme que demos todo lo que tenemos por Dios, porque él mismo no posee nada. No tiene miedo de que ayunemos, porque él no come. Y no le atemoriza que velemos, porque él no duerme. Pero, si estamos unidos en la caridad, se asusta, y mucho, porque custodiamos en la tierra lo que él en el cielo desdeñó conservar. Por eso se describe a la Santa Iglesia como un terrible ejército dispuesto para la batalla; porque así como los enemigos tienen miedo cuando ven las filas de un ejército ordenadas y preparadas para



la guerra, así evidentemente, el diablo se espanta cuando ve que hombres con espíritu, vestidos con las armas de la virtud, viven en unidad concorde<sup>35</sup>.

---

35 LIETBERTO DE SAN RUFO (pseuo Hugo de S. Víctor), *Exposición de la regla de S. Agustín 1*, en: *Hugonis de S. Victore, Opera Omnia*, ed. J. P. MIGNE (PL 176, París 1880) 883 C-D.



